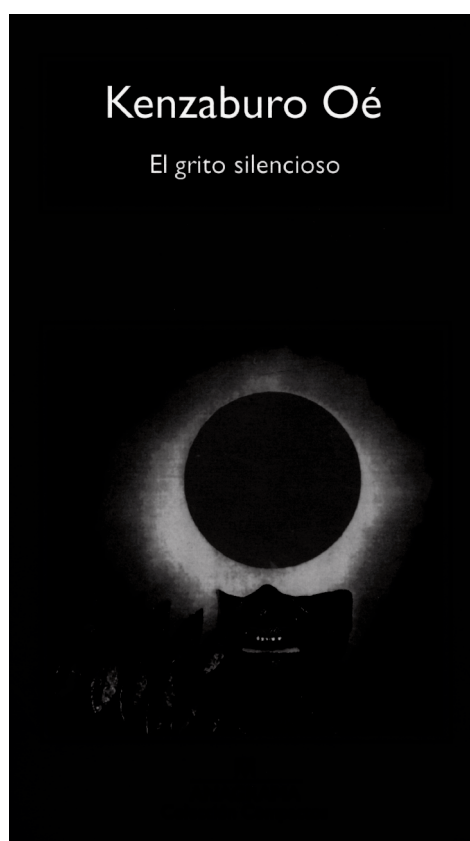


El grito silencioso de Kenzaburo Oé

Diego Álvarez

Las nuevas generaciones, desde su más temprana edad, están llenas de referentes que tienen que ver con la cultura japonesa. Del Arte Urbano de Tokio hasta las manifestaciones culturales como el Manga (un tipo de cómic o novela gráfica) y el Anime (obra de animación gráfica) han impactado exponencialmente las sociedades de todo el mundo. Desde los años ochenta hasta hoy en día, el antiguo Imperio del Sol Naciente ha influido el imaginario de las sociedades occidentales casi místicamente. En el siglo XXI, existen subculturas urbanas de América y Europa que profesan un manifiesto respeto por todo “lo japonés”. Esto obedece a las profundas diferencias que todavía hoy existen entre Oriente y Occidente: la visión del mundo, la simbología, la cosmogonía, la educación social y la perspectiva de la realidad que se obtiene de ésta, etcétera. El hecho de que todavía en el siglo XXI existan tales distinciones hace que, para nosotros, “lo japonés” esté rodeado de la mística inherente a todo lo que desconocemos total o parcialmente. El mundo de la globalización, desde finales del siglo XX ha reducido la brecha entre lo oriental y lo occidental (manifestaciones culturales como el mencionado Manga son ya parte de la realidad tangible de la juventud occidental); aun así, la mística con que miramos “lo japonés” no se ha perdido. Sin embargo las editoriales capitalistas no han sabido explotar el mercado de la literatura japonesa, y se han limitado a publicar algunos *best-sellers*, y poquísimos escritores japoneses reconocidos universalmente como Yasunari Kawabata, Yukio Mishima, y en los últimos años Haruki Murakami.



La obra traducida del japonés al español es escasa. Todavía hace falta romper la brecha cultural para entrar en el mundo de una tradición literaria que, aunque distinta, nos concierne.

El grito silencioso (Tokio, 1967), de Kenzaburo Oé es, por ejemplo, uno de los análisis más arriesgados de las preocupaciones sociales y existenciales de la humanidad en la segunda mitad del siglo XX. Fue publicado en 1967, en medio de una época de revolución social en todo el mundo. En los años sesenta, Tokio fue el escenario de algunas de las protestas de trabajadores y estudiantes más importantes, violentas y san-

guinarias que, sin embargo, permanecen hoy en día casi desconocidas en Occidente. A la par de las revueltas que devinieron hechos históricos tan importantes como la Primavera de Praga, las manifestaciones estudiantiles en París, Estados Unidos y la Ciudad de México en 1968, las revueltas que buscaban cambio social y libertad marcaron la historia de Japón durante los sesenta.

En 1960 se firmó un pacto entre Estados Unidos y Japón, el Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua, en el que se renovaba el rol de Estados Unidos como su “protector militar”. Después de la Segunda Guerra Mundial, la firma de rendición por parte del emperador japonés trajo un periodo de control y hegemonía norteamericana en la isla. En una cultura en donde el honor es una de las virtudes más importantes, y donde muchas veces se prefiere la muerte al deshonor, la firma de la rendición significó la decadencia de todo Japón. Hacia 1960, los invasores norteamericanos establecían bases militares en la isla. El tratado era una forma de tener control de la política japonesa, como una reacción ante la amenaza de la expansión del comunismo en Asia. Cuando inició la guerra de Vietnam, muchos japoneses fueron obligados a participar del lado de Estados Unidos como parte del cumplimiento del tratado. Las protestas sociales de Japón duraron desde su firma hasta el fin de la guerra en el 72.

En el contexto de estas protestas, los personajes de *El grito silencioso* encarnan las preocupaciones esenciales del individuo de la época, no sólo en Japón sino en todo el mundo. Kenzaburo Oé narra la historia

de dos hermanos —Mitsusaburo y Takashi Nedokoro (o Mitsu y Taka)— que buscan una afirmación existencial. Ambos son perseguidos por un pasado oscuro, y una historia familiar llena de tragedias en donde el fantasma del suicidio ronda de generación en generación. Buscan evitar su propia degradación al rastrear el devenir de sus antepasados.

Los hermanos vuelven a su pueblo natal, un lugar exiliado de la sociedad a la mitad de un bosque, donde esperan encontrar una nueva “esperanza” para seguir adelante. Rastrear los orígenes de su familia desde la era de Man'en (1860-1861), cuando su bisabuelo y el hermano de éste se vieron involucrados como cabecillas en una revuelta campesina. Al mismo tiempo, las distintas generaciones de la familia Nedokoro se involucran en movimientos sociales que realmente ocurrieron en Japón desde la época en que comenzó a modernizarse. De esta forma, Kenzaburo Oé no sólo cuenta la anécdota de sus personajes, sino efectivamente rastrea la historia de su pueblo en un intento audaz y despiadado por desentrañar la identidad real de la sociedad japonesa en los años sesenta.

La narrativa de Oé es radical y audaz. Está construida en una línea temporal sencilla, pero plagada de recuerdos de distintas épocas, que producen la sensación de que el tiempo transcurre en una espiral concéntrica. Así, a lo largo de la novela conocemos la historia de Mitsu y Taka; paralelamente, mientras ellos la van descubriendo, conocemos la historia de su bisabuelo y el hermano de éste; y en otra línea de ficción vamos conociendo la historia de todo su pueblo natal, íntimamente ligada a la de su familia. Al mismo tiempo, los episodios narrados hacen referencia a la historia universal de la humanidad. La técnica de Kenzaburo Oé es impecable. Al analizar distintos patrones históricos del comportamiento humano, del individuo y la sociedad, lleva al lector a conclusiones desoladoras acerca de la naturaleza humana contemporánea. La problemática que trata el autor todavía atañe a nuestros tiempos. Sus personajes se encuentran hundidos en una desolación avasalladora que es, al mismo tiempo, la del individuo y la de Japón. El pasado de los personajes los

atosiga hasta la desesperación, hasta la locura, es un grito que han arrastrado durante su vida sin ser capaces de emitir, un *grito silencioso*.

El universo literario al que nos introduce Kenzaburo Oé tiene mucho que ver con la literatura occidental: hace eco desde Dostoievsky hasta Günter Grass. Al igual que este último, está preocupado por retratar, casi míticamente, casi como se haría en una fábula negra, la realidad existencial de cada humano dentro de una sociedad cambiante y destructiva. Los elementos que usa para su retrato perfectamente detallado hacen una recopilación no sólo de datos históricos, sino de los símbolos míticos y artísticos del folclor de todas las tradiciones más antiguas de Japón. Así como en *El tambor de hojalata*, a través del personaje de un niño que se niega a crecer, Grass hace un recorrido por la historia alemana desde la unificación hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, los dos hermanos, Mitsu y Taka, encarnan a sus antepasados en un recorrido por cien años de vertiginoso cambio y muerte en Japón: las primeras revueltas campesinas de la modernización a finales del siglo XIX, la bomba atómica de Hiroshima y finalmente las revueltas estudiantiles de los años sesenta. De modo que “cada momento de los últimos cien años se agazapó en un instante”.¹

Pero habría que mencionar otra gran influencia de Oé: el existencialista Jean-Paul Sartre. Su maestro. Dentro de la novela se habla del choque de culturas entre Norteamérica y Japón después de Hiroshima. El mismo Oé pertenece a ese choque de culturas, asume la literatura occidental, y la vuelve parte de su tradición. Comparte con Sartre la visión desoladora del peso insoportable que ejerce la existencia sobre el hombre. Quizá lo más impresionante de la obra del japonés es la forma en que, al hacer un análisis histórico social tan minucioso, todo lo construye desde el individuo.

Taka está obsesionado con volver a su pueblo natal a rastrear la vida del hermano de su bisabuelo, antiguo cabecilla de una revuelta en la época de Man'en. A lo largo

de la novela, se vuelve cada vez más obsesivo en encarnar a su antepasado. Así como éste había entrenado a un grupo de jóvenes para una revuelta, Takashi entrena a los jóvenes del pueblo en un equipo de fútbol (de ahí el nombre japonés de la novela: *Man'en Gannen no Futōbōru*, o *El juego de fútbol de la era de Man'en*). Sus jugadores terminan volviéndose un ejército: un eco de la revuelta de su antepasado en una nueva revuelta en contra de un empresario de supermercado con quien todo el pueblo está endeudado, y quien por lo tanto establece una presión casi feudal sobre ellos: el Emperador de los Supermercados. Pero detrás de su ánimo revolucionario, hay un secreto oscuro en Takashi. Un motivo ulterior, oculto, para cada una de sus acciones violentas que se convierte en un elemento de creciente tensión a lo largo de su novela: Takashi guarda un *grito silencioso* que nadie ha escuchado.

Mitsu vive atosigado por el suicidio de un amigo que se volvió loco después de haber sido brutalmente apaleado por la represión de una revuelta estudiantil, además del fantasma de un hijo subnormal, incapaz de emitir sonido alguno, a quien abandonó en un hospital. Aquí cabría mencionar que esta situación es recurrente en la obra de Oé debido a que él mismo es padre de un niño subnormal a quien, en determinado momento, se vio tentado a abandonar. Su hijo, Hikari (luz), es una obsesión literaria utilizada en muchas de sus novelas. Mitsu se muestra como un personaje silencioso, renuente a participar en cualquiera de las actividades de su hermano, hundido en una depresión indescriptible. Al mismo tiempo, ciego de un ojo, es capaz de ver lo que los otros no: percibe toda la violencia que se ha desarrollado alrededor suyo, a lo largo de la historia de su familia y en su interior. Incapaz de intervenir, Mitsu pasa el tiempo eternamente debatiéndose entre la necesidad de terminar con su propia vida, la de encontrar una nueva razón para vivir y su incapacidad de hacer una u otra cosa.

Desde el principio, el parecido entre los dos hermanos anuncia una explosión inevitable: el momento inminente para que se escuche el *grito silencioso* que uno y otro guardan. ■

¹ Narrado por Mitsu en *El grito silencioso* de Kenzaburo Oé, Anagrama, Barcelona, 2009, 345 pp.